

Cenobio Moreno

José Ceballos Maldonado

De buena complexión y de regular estatura. Tenía la piel tostada, como la de los que viven en Tierra Caliente. Ojos claros y mirada apacible. Hombre serio y tranquilo que daba idea de seguridad.

Trabajador del campo poseía la escasa ilustración de su tiempo: números y letras que le servían para administrar La Colorada, ranchito cañero ya desaparecido, cercano a Parácuaro, que pertenecía a doña Justa Bucio viuda de Talavera y donde había un pequeño trapiche. Allí vivía con su mujer y sus hijos.

Cenobio era despierto y especulaba sobre lo que ocurría en su pueblo y en el país. Tenía sentido natural de la justicia social que lo mantenía en un estado de protesta permanente. Le parecía oprobiosa la dictadura porfiriana; y aunque personalmente la pasaba bien, se revelaba interiormente por las condiciones miserables de los que vivían a un nivel por debajo del suyo. Estos eran mayoría. Luego estaba el quietismo y la ignorancia; los círculos cerrados e inaccesibles de las gentes ricas y poderosas que vivían aparte, en las fincas señoriales; los años del pasado, del presente y del futuro que se veían igualmente desolados de esperanzas; el calor siempre agobiante; el trabajo y la miseria encerrados en un mismo limitado horizonte.

Cenobio llevaba la revolución en la sangre y en el pensamiento. Quería un cambio que no podía operarse solo a base de buenos deseos. Y esperaba que algo ocurriera más allá de su región. Necesitaba un estímulo, el ejemplo que decidiera a los demás. Él ya se encontraba decidido.

Cuando surgió Madero fue maderista. La dictadura porfiriana estaba tan carcomida que cayó rápidamente con los alzamientos del norte y del centro del país. No hubo tiempo para que en Michoacán se organizara la Revolución en gran escala. La zona de Tierra Caliente no se conmovió sino muy ligeramente. Parecía que Madero y su revuelta armada no habían existido. Y sin embargo don Porfirio ya no se encontraba en el gobierno; decían que su época había pasado definitivamente. Pero extrañamente en Parácuaro, en las haciendas, en el llano, todo permanecía como siempre.

Cenobio era tranquilo y de pocas palabras. Estaba inconforme; pero siguió esperando. Aún creía en Madero y su gran movimiento.

Había malestar. Nadie sabía qué iba a ocurrir. No obstante flotaba en el aire la certeza de algo inminente y extraordinario. Cenobio vivía en tensión. Sabía de alzamientos; observaba la agitación y la inconformidad. Pero todo esto lejos de Parácuaro, lejos de su dominio y de sus posibilidades.

De repente, precisamente el lunes 10 de febrero, día de San Silvano, empezó a circular en la región la especie que todos aguardaban. Tradicionalmente este día se hacía una gran fiesta en Los Bancos para celebrar el santo del señor de la hacienda. Suspendíase la zafra y la peonada se concentraba alrededor de la casa grande durante cuatro o cinco días. Don Silvano Hurtado y su esposa doña Rosa invitaban a sus amistades y a las gentes importantes de una vasta zona del estado. Acudían familias -las más distinguidas familias- de México, Morelia, Uruapan, Apatzingán, Parácuaro, Aguililla, Tancítaro y de muchas partes más. Iban los dueños de las haciendas vecinas y las autoridades de los pueblos cercanos. Concentración masiva de ricos y pobres para festejar el onomástico de don Silvano, patrón opulento y derrochador. Se decía que cada año reservaba cinco mil pesos para su fiesta. Cinco mil de aquellos lucidores pesos porfirianos.

En Quinceo, corral de la misma hacienda trepado en la cuesta de Los Bancos, se hacían diariamente las corridas de toros. El ganado de Quinceo tenía fama de bravo. Citábanse varios conjuntos musicales fuereños en justa con los grupos locales de arpa grande. Corría el aguardiente y la cerveza. Desusada y descomunal animación. Murmullo sordo, uniforme y constante alrededor de la casa donde se mezclaban los sones rancheros, las conversaciones exaltadas, las risas, los gritos y los cantos. Euforia desatada bajo el calor, la tierra y el deslumbramiento del sol.

El 10 de febrero de 1913 cayó en lunes, día en que la fiesta se remataría alcanzando su mayor esplendor. Los invitados distinguidos rodeaban la gran mesa del banquete en el corredor alto de la finca. Nunca se había visto mayor derroche de alegría. Como si se hubiera presentado que esa iba a ser la última gran fiesta.

A la mitad de la comida, hacia las tres de la tarde, llegó Alfredo Álvarez a Los Bancos de paso para La Perla, hacienda de su propiedad ubicada delante de Parácuaro. Fue directo a donde se encuentra don Silviano.

-Señores- les dijo con voz solemne_ ; acabo de llegar de México y les traigo malas nuevas. Ayer en la madrugada se sublevó el ejército contra el señor Madero. Se acabó el gobierno y los últimos vestigios de orden que quedaban en el país. En la capital hay cientos de muertos y entre ellos el general Bernardo Reyes. El trastorno cundirá por todos los rincones de la nación y llegará aquí mismo.

El gran viejo don Silviano se demudó. Antes sólo tenía presentimientos; ahora estaba cierto de que su mundo se acababa. No pronunció palabra durante un momento, mientras ajustaba sus ideas y tomaba una determinación. Después se levantó en medio del regocijo que se extendía a lo largo de los corredores y del patio.

-Señores- dijo con grave entonación después que se hizo un poco de silencio-; acabo de saber que en la ciudad de México están ocurriendo graves acontecimientos. Ya no hay gobierno ni garantías. Les anuncio que ha empezado la lucha en gran escala entre los distintos partidos. Por lo tanto desde este momento doy por terminados los festejos. Ya no tenemos derecho a divertirnos. Mi familia y yo nos marcharemos esta misma tarde para Uruapan. A todos nosotros nos esperan tiempos difíciles. El país entero sufrirá daños incalculables.

La gente empezó a desbandarse y al oscurecer, la hacienda, apenas unas horas brillante y estrepitosa, parecía una finca recién saqueada. La noticia se escurrió con rapidez por la región y Cenobio Moreno estuvo seguro entonces de que estaba ante el momento esperado.

Empezó a conspirar. Al principio las charlas con sus íntimos sobre la situación del país tenían las trazas de simples comentarios. Se exaltaban y gritaban su inconformidad; hacían protestas rabiosas; juraban contra el usurpador; y se esforzaban por encontrar fórmulas convenientes para salir de las calamidades. Después las nuevas se precipitaron: El asesinato de Madero y Pino Suárez, el pronunciamiento de Carranza en el norte y por fin, en Michoacán mismo, había aparecido la insurrección. Gertrudis Sánchez operaba en los límites con el estado de Guerrero y José Rentería Luviano en la región de Huetamo.

“¡Muera Huertai”, era el grito de todos. Entonces las charlas informales de Cenobio y sus amigos tomaron cuerpo de conjura. Era necesario levantarse en armas allí, en la zona más próspera de Tierra Caliente..

En la primera década del siglo Parácuaro era en efecto el centro más rico de la región. Grandes haciendas de grandes señores. Esplendor porfiriano que los viejos recuerdan con sonrisas y suspiros de nostalgia. Los Bancos, de los Hurtado; la casa Farías, de don Francisco Farías; La Española, de los Ramírez de Morelia, que al mismo tiempo eran dueños de la hacienda de la Huerta, ubicada por el lado de Apatzingán; y Úspero, que arrendaban los Cusi. Los poderosos Cusi rentaban también otras fincas, como La Perla, donde tenían instalada la maquinaria para beneficiar el arroz. Vasta zona en manos de extranjeros, bien trabajada, que alcanzó insólita prosperidad.

Las reuniones de los conjurados se hicieron más frecuentes urgidos por las noticias de nuevos alzamientos. La revolución se extendía. Citábanse a pretexto de jugar pókar con Fortino Ramírez que poseía un tendajoncito sin nombre sobre la plaza, en la esquina del portal del Ayuntamiento. Mientras Fortino vendía ropa, manteca y copitas de aguardiente a través del mostrador, Cenobio y sus amigos discutían en la trastienda. Hablaban del día del alzamiento y de cómo hacerse de armas, equipo y caballada; hacían recuento de las fuerzas del enemigo y buscaban el modo de hacerse de dinero. Proyectos y conjeturas, esperanzas y desilusiones alrededor de la mesa en donde la baraja permanecía ociosa en manos de alguno de los comprometidos. Entre éstos había funcionarios de gobierno, comerciantes y trabajadores del campo. Efervescencia revolucionaria en todos los sectores. Tenían compromiso don Carlos León, contador de El Fénix, gran almacén de ropa y abarrotes de don Antonio Espinoza Gutiérrez; el receptor de Rentas don Nicandro Villaseñor (el gobierno conspirando contra el propio gobierno); los Pacheco, Isauro y Daniel; don Jesús Flores, vecino muy significado; Pedro Navarrete; Jesús y Félix Saucedo que trabajaban en La Guadalupe, finca de la Casa Farías; Secundino Ramírez, más tarde asistente de Cenobio y que trabajaba en el rancho de El Guaricho con José Viscaíno.

No había guarnición en Parácuaro y la conspiración morenista se desarrolló sin riesgos directos ante el conocimiento y simpatía de todos.

Dos o tres gendarmes y algunos "carnitas" (soldados del gobierno del estado), eran ineficaces como fuerza de represión.

Se dijo inicialmente que el movimiento estallaría el Cinco de Mayo. Se acostumbraba festejar esta fiesta patriótica con un gran desfile de las acordadas de la región. Llegaban los acordados con sus jefes a la cabeza exhibiendo sus mejores ropas, presumiendo buenas armas y montando hermosas bestias. Cuerpos porfirianos formados por ciudadanos respetables que se equipaban a sus propias expensas, voluntarios, con la función de resguardar el orden y hacer cumplir la ley.

¿Por qué se había elegido el Cinco de Mayo para el levantamiento, día de la gran revista de los acordados, gente armada que obedecía al gobierno, es decir, que era adicta al usurpador Huerta? ¿Fueron los revolucionarios mismos los que lanzaron esta falsa especie para encubrir sus verdaderos planes? Quizás entre los acordados había hombres comprometidos con Cenobio y los del complot concibieron la idea de ganarlos a todos por medio de un solo golpe de audacia. Si llegaron a tener este plan, no lo siguieron. Posiblemente desconfiaron del éxito, o como se dijo entonces, anticiparon la fecha por una traición. Habían sido acusados y temieron que el gobierno destacara las fuerzas para aprehenderlos. Lo cierto es que se lanzaron a la lucha el 28 de abril de 1913.

La víspera del levantamiento, día sábado, iniciaron los preparativos a cielo abierto. No quedaba tiempo para ocultamientos. En la Receptoría de Rentas don Nicandro pedía contribución económica para la rebelión a todos los causantes. Cobraba impuestos adelantados, extendía el recibo y el dinero iba a parar al bolsillo de los sediciosos en vez de ingresar en la Caja del Estado.

Se presentía el golpe. "Esperan sólo al Indio Méndez" -se decía. Indio, José Méndez, era de Tancítaro. Muchacho despierto y agradable que servía de contacto entre los grupos de comprometidos de la sierra.

El domingo 28 de abril amaneció como cualquier otro domingo. La peonada y su familia, en ropa limpia de primer día de uso, se aglomeraron haciendo compras en la plaza del pueblo. Los patrones lucían sus mejores monturas y se apeaban después para formar corrillos

a la sombra de los portales. Y el calor, como desde siempre, aplastaba el ánimo.

Antes de oscurecer empezaron a subir al kiosko los músicos de la banda del maestro Hilario Hernández. Las gentes llenaban los portales y las banquetas y daban vueltas lentamente en la plaza alrededor del kiosko. El muchacho que recolectaba dinero para la banda se movía diligente entre los grupos.

Finalizaba la zafra en Los Bancos; en el pueblo se advertía alegría y actividad de feria. Este movimiento se iniciaba a fines de noviembre o a principios de diciembre, cuando empezaba el corte de la caña de los Hurtado.

Iluminaban débilmente la plaza los pequeños focos de la planta eléctrica que los mismos Hurtado habían instalado en San Juan. Las gentes se agitaban en torno de las mesas de carcamán y baraja y de los puestos de enchiladas, carnitas, nieve y agua fresca. Los juegos y las vendimias espantaban las sombras con las flamas estiradas y humeantes de los aparatos de petróleo. Mortecina claridad de donde surgían en lo alto, como fantasmas, los penachos de las palmeras.

Inesperadamente sonaron unos disparos. Descarga nítida que repercutió en la vastedad de la noche. Desconcertada, la masa humana se detuvo por un momento. "¡Los revolucionarios!" "El alzamiento"! Fue la exclamación de todos. Después empezó la desbandada. Unos iban de prisa; otros despacio, disimulando su miedo; algunos se detenían a inquirir.

-Parácuaro está tomado por los revolucionarios.

-Se levantó Cenobio.

Por las oscuras calles que salían de la plaza seguían escurriéndose sombras apresuradas: músicos llevando a cuestras sus instrumentos; puesteros cargando sus efectos; madres arrastrando a sus niños. Ni una detonación más. Sólo un gran rumor de huída que fue disminuyendo poco a poco.

Cuando se hizo el silencio en la plaza desembocó en la primera bocacalle un grupo de sombras. Hombres enzarapados, herméticos, que caminaban prestamente a lo largo del portal, enfrente del ayuntamiento.

Algunas tiendas permanecían entre abiertas. Al llegar los del grupo a La Proveedora, “la tienda nueva”, como le decían todos, penetraron en ella. Era Cenobio con su escolta de alzados, todos fuereños.

-¡Buenas noches! –dijo Cenobio.

--¡Buenas! – le respondieron los presentes.

Cenobio vestía como habitualmente, más una pistola al cinto. A sus hombres se les advertía el ánimo resuelto, cerrado a otra cosa que no fuera la consigna del jefe; evidenciaban esa determinación de los que se hallan prestos a quitar la vida por temor de que les arrebatan la suya. Echaban miradas recelosas en redondo. Bajo los amplios zarapes se apreciaban las armas.

-¿Qué pasa? –preguntó Jesús Ceja a Cenobio.

-Prendió la mecha, señores. Teníamos que lanzarnos y ya estamos en la lucha. Pero ustedes no tengan pendiente.

-No debemos nada y no abrigamos ningún temor –replicó Jesús Ceja, hijo del encargado de la hacienda de La Guadalupe.

Cenobio se notaba alterado, pero teniendo el control de sí mismo. Era el de siempre; empero acusaba algo nuevo, un aire de mando y arrojo que lo ubicaba por encima de los demás. Había surgido un cabecilla. Los de la tienda lo observaban curiosamente tratando de adivinar si moriría en la primera escaramuza, si sería aprehendido y colgado por los del gobierno o si tendría suerte para llegar a ser un jefe destacado de la revolución.

-Los del pendiente son otros, en efecto –respondió Cenobio sonriendo significativamente.

-¿Te tomas una cerveza? –ofreció Ceja.

-¡Gracias! Voy a tomarme a tomarme una copa con los muchachos. –Se volvió al dependiente y ordenó-: aguardiente para todos.

Los de Cenobio sacaron las manos escondidas debajo de los zarapes, cogieron las copas y las apuraron de una alzada.

-Discúlpenme –dijo Cenobio-; llevamos prisa; y les repito que no tengan pendiente.

Liquidó el consumo y salió de la tienda a pasos apresurados seguido de su escolta. Ahora la plaza estaba desierta. Sólo en los portales algunos puesteros rezagados recogían sus últimos efectos echando a un lado y otro miradas temerosas.

Los de La Provedora siguieron comentando. Opiniones de hombres tibios y acomodados que no querían riesgos ni aventuras y que condenaban los trastornos que les acarreaban pérdidas y molestias.

-A ver qué pasa.

-Sólo el tiempo ha de decir qué fin tiene todo esto.

-Yo me voy señores –dijo Ceja-; mi casa está lejos.

Abandonó la tienda con su mozo de estribo. Doblaron la primera esquina para llegar a la casa donde guardaban las monturas. Con el rabillo del ojo penetraban prestamente las sombras. Antes de montar Ceja quiso esconder la carabina.

-No señor –le advirtió Félix el mozo.

-¿Y si me la quitan?

-Le digo que no; yo le respondo.

Félix Saucedo era de los de Cenobio.

Ya montados salieron a la calle. En la oscuridad, Ceja iba medroso. Las pisadas de las bestias se volvían más sonoras y escandalosas en el silencio. Al pasar por la casa de Gil Hurtado se escuchó un grito:

-¡Alto allí!

Los dos hombres, automáticamente, detuvieron los caballos y requirieron las armas. Pasó un minuto. En seguida Félix espoleó su caballo y preguntó:

-¿Es usted don Gil?

-¡Dije que hicieran alto!

-Ya lo reconocí, don Gil; yo soy Félix, de los mismos de usted. Vamos para La Cofradía y nadie nos detendrá. Y le digo que usted debía estar en la plaza con los demás. Allí está su obligación. ¡Es muy fácil gritarle a la gente detrás del zaguán de la casa!

Gil gruñó una excusa y los dos hombres avanzaron; voltearon en la esquina de la casa de los Villalón y ganaron el callejón de La Guadalupe para salir al camino. A las diez y media llegaron a la finca.

La región ya estaba en armas y había que prepararse. Los Ceja instruyeron a sus hombres y apostaron centinelas armados en los sitios importantes. Jesús se quedó en el asoleadero. Se inició una espera nerviosa que alargaba la noche desmesuradamente. Nadie pasó por el camino ni por ningún otro lado. La ignorancia de los acontecimientos acrecentaba la inquietud.

Pasada la media noche don Bonifacio Ceja, el jefe de La Casa, decidió que era menester saber lo que ocurría en Parácuaro. Elías Vargas se prestó voluntariamente a ir al pueblo. Era un muchacho servidor de la hacienda.

-Me voy derecho –dijo el mozo-; nomás atravieso La Cofradía por la vereda de a pie; conozco el potrero.

Regresó Elías un poco antes del amanecer. Los de La Guadalupe lo rodearon.

-¿Ya vienen?

-Nadie sabe para donde van a ganar –respondió Elías-; unos dicen que subirán a Tancítaro para operar en la sierra; otros aseguran que atacarán a Uruapan cuando se hagan de más gente; hablan de ir sobre Apatzingán; también oí que por ahora se quedarán en el llano. Son los rumores; pero ninguno dice lo cierto.

-¿Se ve movimiento?

-De que salgan, no.

-¿Qué hacen entonces?

Elías sonrió disimuladamente.

-Celebran nomás el levantamiento. Echan copa, lanzan gritos y disparan al viento. Las cervezas y el aguardiente circulan por los grupos de a pie y de a caballo. Algunas tiendas están abiertas. Y no vi más.

Don Bonifacio escuchó estas razones y anunció que se acostaría por un momento. Llamó al hijo y lo previno:

-Esta casa está sobre un paso obligado y nos visitarán los alzados. Es bueno tenerles comida. Pero yo no quiero tener tratos con ellos. Que Félix tenga el caballo ensillado para cuando me levante; él irá conmigo. Dejas algún dinero fuera y el resto lo ocultas con los objetos de valor. Sueltas la caballada y a ver qué ocurre. A mí aquí no me encuentran.

Al clarear el día en La Guadalupe empezó la labor como de costumbre. Ezequiel Saavedra puso en movimiento las máquinas y la finca cobró la apariencia de todos los días, como si durante la noche anterior no se hubiera encendido la revolución.

Sin embargo la tranquilidad sólo era aparente. En el fondo todos estaban sobresaltados. Se aguardaba a los rebeldes al golpe de cada segundo. "¡Ya vienen!" "¡Ahora sí ya vienen!" Se colocó un vigilante permanente en la loma, una elevación cercana a la finca desde donde se dominaba una porción de camino. Se esperó inútilmente durante toda la mañana. Sólo después de las dos de la tarde el de la loma agitó el sombrero.

-¡Ora sí ya vienen! –gritó.

La agitación fue general. No esperaban ningún combate. ¡Pero se trataba de los rebeldes, que se acercaban por primera vez desde que se tenía memoria! A la distancia, entre el polvo y los reflejos enceguecedores del sol, se veía avanzar la tropa lentamente. Poco después desembocó en el patio de la hacienda con Cenobio al frente. Columna heterogénea, fuerte en unos 50 ó 60 hombres, los más de a caballo. A un lado del jefe el Indio Méndez, el muchacho de Tancítaro hábil para ganarse voluntades. Don Carlos León vestido de catrín montado en una mula parda. No faltaba ninguno de los comprometidos. Iban enteros y algunos decidores y bravucones, todavía por los efectos del alcohol. Los de la casa salieron a su encuentro.

Apenas entraron, varios soldados se echaron sobre los aperos, reatas y cajas que los arrieros tenían en el patio.

Jesús Ceja no protestó, pero volteó a ver a Cenobio.

-¡Cuidado, -gritó éste-; dejen esas cosas que para nada sirven!

La gente soltó los enseres pero siguió removiendo cosas por los alrededores. Las caballerizas estaban vacías. Pero dos soldados encontraron en uno de los corrales un caballo dedicado a la cría, animal fino y hermoso con fierro de Cumato. Le echaron lazo y lo jalaban hasta el patio. El caballo caminaba con dificultad sobre el empedrado.

-Ese animal no les llega ni a La Colorada – advirtió Ceja-; a ustedes no les sirve. Tú lo sabes, Cenobio.

-Por eso no lo soltaron –dijo un soldado.

De todos modos el jefe ordenó que lo regresaran a la caballeriza. Luego se volvió a Ceja.

-Mira –le recalcó-; de aquí a las cuatas no tengo pensado perjudicar a nadie; pero de allí para adelante, ¡bandera negra!

Jesús anunció que había comida y al que quiso se le sirvió morisqueta, chile, queso y frijoles.

-Una molestia antes de partir –dijo Cenobio-; mi pagador el Indio Méndez no lleva dinero suelto y quiere cambio. Unos doscientos pesos solamente. Que sean tostones. Los necesitamos para la “chiva” y los menesteres del camino.

Con cierto trabajo se organizó la columna para ponerse en marcha. Una curiosa tropa. Después del regocijo de la noche anterior pocos eran los que tenían buena apariencia. Había todavía achispados; y los más estaban cansados. Unos iban a pie y otros a caballo, con trajes y armas desiguales. Sin embargo casi todos los soldados, principalmente los jefes, se notaban resueltos, esforzándose por aparecer osados y terribles.

Enfilaron hacia el llano. En abril se recogía la cosecha de las secas y el campo estaba animado por el corte del arroz. En las tablas arroceras había hombres trabajando y en los caminos comerciantes y viajeros.

Zona rica, muy conocida por los rebeldes y llena de amigos. Y sobre todo, totalmente desguarnecida. En el llano Cenobio pretendía ganar gente y otros elementos para hacer la guerra.

En su primera noche de alzado pernoctó en terrenos de la hacienda de Úspero. De allí se lanzaría sobre Nueva Italia, la nueva y flamante propiedad de los Cusi. Sentíase poderoso. Una noche de descanso y después al combate. Se acostó pensando en el plan de ataque y recontando sus fuerzas. Pretendía que su primer asalto fuera su primer victoria.

Pero esta acometida que inauguraba la campaña se convirtió en desastre lamentable. Los de la hacienda, con buena dirección y magníficas armas, cogieron de trincheras los muros de las fincas que los dueños estaban construyendo. Soberbios parapetos que ponían a cubierto a los defensores y que los morenistas, bisoños y mal equipados, no podían tomar.

A la primera embestida inútil los revolucionarios se desbandaron. No fue derrota, sino huída vergonzosa. Aisladamente o en pequeños grupos, los alzados volvieron a sus casas o a las de los amigos íntimos la noche misma del desastre; temerosos de ser cogidos por los del gobierno se ocultaban en las huertas, en los corrales y en los cerros vecinos. Volvieron Benjamín Yepes que tenía grado de teniente y Pedro Navarrete. Y casi todos los demás. Durante el día muchos se ocultaban en el cerro de La Cofradía y en la noche, sigilosamente, bajaban al pueblo por noticias y comida.

Cenobio se quedó solo en el llano. En el ánimo de todos el alzamiento había fracasado. Aventura ridícula de la que estaban pesarosos los mismos participantes. Empezaron entonces las gestiones y los buenos oficios con los del gobierno para conseguir el perdón de los rebeldes. Los parientes y amigos de Cenobio insistieron con éste para que se rindiera. Se lo pidieron también su padre don Domingo y su hermano Bonifacio. No accedió.

-Me lancé a la lucha -les decía- después de reflexionarlo mucho tiempo. Mi compromiso con la revolución empezó cuando me levanté en armas y terminará con mi muerte. Ustedes dicen que lo mío es sólo una aventura peligrosa que no beneficia la causa; yo no pienso lo mismo; creo que al

enemigo hay que combatirlo en donde quiera que esté; y aquí hay muchos enemigos. Pueden matarme; pero eso ya lo sé; los muchachos que se dispersaron han de volver; y si no vienen, habrá otros que me sigan. No dejo la lucha. Deseo además recordarles que también los revolucionarios tenemos honor.

Moreno se rehízo después del desastre de Nueva Italia. Regresaron los disgregados, consiguió nuevos elementos y empezó a merodear con éxito en los alrededores de Apatzingán y Buena Vista. Escaramuzas que una vez perdía y otras ganaba, pero que siempre castigaban las fuerzas de Huerta el usurpador. Obedecía las órdenes del general Gertrudis Sánchez que era reconocido como jefe de la revolución en el estado.

Un día del año catorce las tropas de Cenobio entraron en Uruapan. Serían unos trescientos hombres. Atardecía. Cenobio iba a la cabeza de la columna montado en un caballo tordillo. Los ricos del pueblo, como siempre que entraban federales o revolucionarios, escondieron el dinero, las armas, los caballos y las muchachas casaderas. Esa noche los vecinos esperaban alguna manifestación de violencia. No ocurrió nada. Los morenistas permanecieron tranquilos en los mesones descansando del camino y de la guerra.

En general, Cenobio era respetuoso de la vida de las gentes y de la propiedad. Sin embargo, como la mayoría de los jefes militares, echaba mano de los préstamos forzosos para obtener recursos y continuar la lucha. En su carpeta nunca faltaban las listas de los vecinos pudientes de cada localidad; eran los posibles contribuyentes. En la lista de Uruapan tenía subrayado el apellido Ceja. Los Ceja representaban el gran latifundio conocido con el nombre de Casa Farías y eran conocidos de Cenobio. Éste comisionó al Pirrimplín, uno de sus oficiales, para que empezara a trabajar el préstamo de los Ceja.

-Les dices -lo instruyó Cenobio- que ahora la cosa es gorda y que no me queda otro remedio.

En uno de los portales de la plaza el Pirrimplín encontró a Jesús Ceja.

-El jefe me mandó buscar a tu papá -le dijo el Pirrimplín.

-¿De qué se trata?

-No sé; aunque entiendo que es cuestión de dinero.

-Bien, gracias, Pirrimplín; y no te preocupes; yo hablo con mi papá. Dile a Cenobio que me hablaste y que yo lo veré después.

Jesús volvió a su casa y discutió lo del préstamo. Don Bonifacio no se dejaría ver y Jesús se entrevistaría con Cenonio para hacer regateros y conseguir la mínima contribución.

Moreno se alojaba en el mesón de San Francisco, por la calle de Corregidora, en donde ahora está el hotel Paris. Calle en ese tiempo de mesones. En la misma acera, sólo que en la cuadra siguiente y en la propia esquina, estaba el mesón de San Agustín. En frente de éste, cerrando la calle que hoy se llama Venustiano Carranza, el mesón del Ángel. Zona con gran movimiento de comercio y arrieraje. Había numerosos expendios de pasturas y carnicerías.

Ceja penetró en el mesón de San Francisco. El despacho del jefe estaba a la izquierda y se entraba a él por la primera puerta del pasillo. El patio y los corredores se veían repletos de soldados, armas y caballos.

El centinela le cerró el paso a Jesús.

-Me mandó llamar Cenobio.

-¡Adelante!

La habitación no era muy espaciosa y estaba llena de gente. El jefe despachaba en un rincón., detrás de una pequeña mesa. Jesús se colocó de modo de ser visto y esperó. Se detuvo un momento examinando el banco de armas, los diversos efectos militares, las personas que pretendían hablar con Cenobio y el rostro áspero de los soldados. Muchos de éstos eran de Parácuaro y conocidos suyos. Sentíase confiado de estar entre paisanos. Oficiales, soldados y solicitantes de audiencia entraban y salían constantemente.

-Acércate –le dijo Cenobio cuando lo distinguió.

-Vengo a saber para qué soy bueno.

-Hablaré sin rodeos. El asunto principal es de dinero, como te habré explicado el Pirrimplín. Pero hay más: sabemos que a ustedes se les está yendo la lengua contra nosotros. Esto es muy delicado.

Jesús se extrañó.

-Te han informado mal; nos conoces de tiempo y sabes que con nadie nos metemos.

El jefe hizo un gesto que semejó una sonrisa despreocupada y siguió:

-Nos las sabemos todas, Jesús; pero dejemos esto. El dinero es lo que importa.

-Sí... ¡es lo que importa!

-La superioridad me encargó reunir una cantidad y me entregó una lista. En ella están ustedes.

-Quiero dejar aclarado –insistió Ceja- que no hablamos contra la revolución; ya me anunciaste que sólo les interesa el dinero; pero a mí me importa hacerles saber que no somos enemigos de ustedes. Y por lo que ve a lo demás, en este momento no disponemos de dinero.

Cenobio distendió una sonrisa de incredulidad.

-Entonces las cosas se van a poner mal –continuó Moreno en tono sarcástico-; porque vamos a tomar en cuenta las habladuras. ¡Dicen ustedes que nosotros somos bandidos y asesinos y que estamos conduciendo el país a la bancarrota! No les gusta la revolución; mas tienen, por fuerza, que contribuir para el triunfo de la revolución. Para lo del dinero tengo instrucciones precisas. Te lo aviso para tu conocimiento.

-No hay dinero –dijo Ceja preocupado interiormente.

-¡Ya lo sabes!

-Ya lo sé; y también sé que no hay dinero.

-Ustedes están anotados con veinte mil pesos

En vez de responder, Ceja soltó una risilla nerviosa.

-Y se me hace poco para la Casa Farías –aclaró Cenobio. Puso el rostro serio y miró a Jesús directamente a los ojos mientras agregaba-: Traigo penas severas para los remisos; si no dan el dinero, me llevo a tu padre.

Ceja vaciló por un momento; después replicó:

-A mi papá no te lo llevas porque no está; conmigo puedes hacer lo que quieras.

-Si no tienen dinero ¿por qué no consiguen?

-Porque los demás están igual que nosotros. No creo que nadie tenga reunida esa cantidad en este momento. Sin embargo, no nos negamos a cooperar.

-La Casa Farías tiene eso y más.

-Nosotros sólo somos sus representantes.

-Es lo mismo; les doy el día para moverse. Desde luego, tú de aquí no sales. Y manda recado a tus gentes para que inicien sus gestiones. – Cenobio se volvió a los centinelas y gritó-: Este amigo está detenido.

Ceja volvió a su sitio y Cenobio continuó despachando. Desfile de seres apocados y medrosos. Unos iban a presentar quejas por hurtos y atropellos; otros hacían súplicas para que se les concedieran ciertos beneficios; los enlistados para el préstamo, con pretextos de todo género, demandaban una rebajita. En la habitación atronaban las órdenes, los regañones destemplados, las amenazas y las exigencias de dinero, armas y cabalgaduras. Minúsculo escenario donde se realizaban curiosas representaciones, como la de Gil Armas.

Gilillo, como le decían sus amigos, fue introducido al despacho por unos soldados. Entró haciendo rápidas inclinaciones de cabeza y saludando muy cortésmente. Sus labios se distendían en una falsa sonrisa. Un ayudante lo llevó ante Cenobio.

-Éste es Gil Armas; se ha negado a entregarnos una carabina que tiene en su poder.

Con las manos enlazadas delante del pecho y los hombros encogidos Gilillo seguía sonriendo. Al oír su nombre se adelantó hacia el jefe haciendo las mismas rápidas inclinaciones de cabeza a modo de saludo.

-Buenos días, señor –le dijo a Cenobio con voz delgada.

-Pase, buenos días.

-Dígame, ¿cómo está don Dominguito?

Cenobio alzó la cabeza, extrañado. Miró con fijeza a Gilillo y plegando el entrecejo preguntó:

-¿De qué Dominguito está hablando?

Gilillo desenlazó las manos y desorbitó los pequeños ojos respondiendo rápidamente:

-¡Del señor su papá!

-¡Él está bien, amigo! ¡Entregue la carabina que le piden y déjese de Dominguitos!

A poco se presentó don Celso Calvillo, presidente municipal en ese tiempo. Don Celso era hombre alto, blanco y fornido. De imponente presencia y rico además, figuraba entre las grandes personalidades de la ciudad. Penetró a la habitación con el rostro desencajado y el cuerpo flojo. No era el mismo hombre que los uruapenses veían caminar en tiempos normales por los portales y banquetas, con la cabeza levantada, el vientre satisfecho, el paso airoso y en la boca una displicente sonrisa de placer y seguridad. Don Celso agrandaba los ojos y agitaba las manos desesperadamente mientras se justificaba con Cenobio.

El caso era que días antes se había suscitado un tiroteo entre una fuerza rebelde y un grupo de vecinos armados durante el cual resultó muerto un oficial revolucionario. Esta muerte desató gran alboroto diciéndose que iba a ser vengada ejemplarmente. Los rebeldes no sabían contra quién ir y andaban procurándose una víctima para hacer el escarmiento.

-Señor –argumentaba don Celso–; no puede decirle quién es el autor de la muerte porque nadie lo sabe; pero sí le aseguro que yo no soy responsable de ella en ninguna forma.

-¿No es usted el presidente municipal?

-Lo soy, señor, en mala hora.

-Entonces usted es tan culpable de esa muerte como el que la hizo personalmente.

-¿Qué tiene que ver el presidente con lo que hacen los demás?

-El presidente es la autoridad, el gobierno, el responsable de lo que pasa en la ciudad. O me entrega al culpable o usted paga por él.

Don Celso se derrumbó; se empequeñeció. Volteaba para un lado y otro como buscando testigos entre los presentes que testimoniaran en su favor. Su voz se volvía quejumbrosa y suplicante.

-Le pido por Dios que reconsidere su determinación. Se lo pido por su madre. Le prometo que buscaré al culpable sin descanso y se lo entregaré. ¡Yo se lo prometo! Pero es injusto que yo pague por un crimen que no cometí.

-¡Tengo órdenes terminantes y no puedo esperar más! ¡Ahora lo fusilo a usted y después fusilo a los que caigan!

Inesperadamente el acusado cayó de rodillas, atacado de miedo. Apretaba las manos una contra otra a la altura de su rostro gesticulante, lloraba, clamaba perdón y juraba una y otra vez su inocencia.

-Usted no puede hacer eso conmigo; tengo familia; usted es hombre justo y bueno; yo no cometí ese crimen. Procuraré al culpable y lo pondré en sus manos. ¡Se lo juro!

Cenobio no pensaba llegar al fusilamiento. Ante aquellos gemidos y lloriqueos sintióse incómodo y despachó al hombre después de increparlo y amenazarlo.

Presentóse después don Miguel Sánchez, el sastre de mayor reputación y dueño de la mejor sastrería de la localidad situada en uno de los portales de la plaza. Vestía a los ricos. Cenobio lo mandó llamar para que le hiciera unos uniformes. Entró con actitud diligente, muy serio y erguido, con aplomo de gente importante. Llevaba varios cortes de paño militar doblados sobre el brazo. Tratando de disimular su presencia se instaló discretamente en un rincón de la pieza y aguardó a que el jefe lo llamara.

-¿Son buenas las telas? –le preguntó Cenobio.

-¡De lo mejor que se fabrica, señor! –respondió apresuradamente don Miguel adelantándose con pasos cortos y rápidos hasta donde se encontraba Cenobio.

-A ver; necesito tres uniformes.

-¡Los que usted mande, señor!

Cenobio extendió las telas una tras otra examinándolas con indiferencia.

-Nomás que yo parto pronto –anticipó Cenobio.

-¡Nos daremos prisa, señor!

-¿Estarán los tres esta misma tarde?

-¡Estarán, mi señor! – respondió don Miguel automáticamente.

En seguida de pronunciar estas palabras don Miguel reflexionó. Imposible confeccionar tres uniformes en una tarde. Posiblemente ni siquiera uno solo. Se atribuló su rostro y atiesó más el cuello.

-Señor –titubeó –; no puedo entregárselos hoy.

-No importa entonces; será mañana.

En el rostro apurado de don Miguel los pequeños ojos bailaban desesperadamente.

-Quién sabe ni para mañana –soltó con voz apagada.

-¡Yo los necesito mañana! ¡Lo demás es cuenta suya! ¡Tome pronto sus medidas porque alegando menos va a cumplir!

Don Miguel sufrió una sacudida. Sacó de su bolsa una pequeña libreta, cinta métrica y un lápiz y empezó a girar alrededor de Cenobio estirando la cinta y haciendo anotaciones. Se absorbió en sus pensamientos. Había perdido la ticsura del principio. Tomó los cortes, los dobló sobre el brazo y salió sin pronunciar palabra. Iba con la frente surcada y el aire sombrío.

Cuando se retiró el sastre entró José Orozco. Sus amigos lo apodaban “El Chico”, era harto conocido de todos y muy de las confianzas de Cenobio. La cólera le salía al rostro. Atravesó la pieza a grandes pasos y sin mediar saludos se encaró a Cenobio.

-Vengo a pedirte justicia –anunció con voz indignad-; mas antes debo decirte, por si lo ignoras, que tus hombres son unos bandidos y unos

salvajes. Asaltaron mi casa, maltrataron a mi madre y se robaron un caballo. Yo te pregunto si en esto consiste la revolución. Pregonan que pelean por la justicia y resulta que son ustedes los primeros en atropellarla. La exigencia del caballo fue el disimulo para poder saquearme. Pido que castigues a los culpables. Y si no te sientes con poder suficiente para someterlos, déjamelos de mi cuenta. ¡Me sobra coraje para darles!

El jefe oyó al "Chico" haciendo gestos de desagrado y moviendo la cabeza negativamente.

-Primero te calmas –le advirtió-. Y no digas disparates.

-¿Disculpas entonces a tus hombres?

-¡Digo sólo que te calmes! ¿Y deja de insultar a mis soldados!

-¿Soldados tu cuadrilla de rateros? ¿Soldados los que injurian y atropellan a las ancianas?

-¡José! ¡Andas muy errado! Es cierto que mi tropa no acaba de salir de la escuela; es verdad que no anda conmigo ni un solo señorito armado. Traigo hombres descomedidos y sin cultura. Ni saben leer ni conocen los buenos modales. Y son rudos, montaraces, como tú dices, porque así los hicieron las gentes que los han explotado desde hace siglos. Son campesinos que siempre fueron tratados como bestias. ¡Por eso ahora se comportan como bestias! ¿Y cómo van a tener conducta de escolares si jamás asistieron a la escuela? Vienes invocando la justicia. ¿Y quién antes tuvo justicia con ellos? Roban ciertamente; y atropellan. Pero es porque a ellos los atropellaron y los dejaron sin nada. Por eso se alzaron; por eso luchan. ¡Porque quieren salir de su miseria y su ignorancia!

-¿Y van a conseguirlo maltratando mujeres y asaltando casas? ¡Son animales y animales serán siempre!

-Ahora no ves ni entiendes. Por eso es inútil que te diga que ellos sólo buscan el bienestar y la justicia.

-¡Por el camino que llevan sólo encontrarán una muerte de perros!

-¡Basta de impertinencias! ¡No me interesa que no comprendas nuestra revolución! ¡Pero me opongo a que insultes la causa por la que peleamos y morimos!

-¡Sí, insultos! ¡Te ofendes porque digo la verdad!

-¿Te das cuenta que puedo cobrarte muy caro esos estúpidos desahogos?

-¡Naturalmente! No puedes disciplinar a esos salvajes y eres impotente para castigar sus desmanes. Tampoco me permites hacerme justicia con mi propia mano. Pero sí puedes darte el lujo de fastidiar más a la víctima de tus secuaces.

-¡No sabes lo que dices!

-¡Lo sé y te lo sostengo!

-¡Puedo hacerte fusilar en este momento!

-¡Te creo capaz de llegar a eso!

-¡Muchachos! –gritó Cenobio a sus soldados que estaban de guardia-. ¡Encierren a éste!

Los soldados arrastraron a Orozco.

-A pesar de todo –dijo Cenobio a los presentes- no le seguiré ningún perjuicio. Hay muchos como Orozco, con los ojos miopes. Distinguen únicamente lo que se encuentra cerca; ven lo malo que está ocurriendo ahora en nuestro movimiento; y se les escapa, por pura miopía, lo bueno que vendrá después, cuando triunfemos y se acabe la lucha. Orozco no sabe lo que dice; además es mi amigo; le daré un escarmiento y lo pondré en libertad.

Cuando Cenobio salió a comer cesó el movimiento en el despacho quedando en él los centinelas y el detenido Jesús Ceja. A éste le enviaron alimentos de su casa. De tiempo en tiempo iban a referirle el estado de las gestiones para obtener su libertad. Se les hablaba a los amigos de Cenobio para que lo ablandaran y se buscaba el dinero. Pero esto último tenía dos tropiezos. Cuando había revolucionarios en la ciudad cerraban los comercios y los hombres pudientes se escondían; no había entonces quién facilitara dinero. Además Cenobio rehusaba

recibir billetes; era revolucionario y no admitía dinero de la revolución; aceptaba únicamente moneda dura, metálica, muy difícil de conseguir estando ocupada la población.

La madre de Jesús andaba diligente visitando amigos. La mujer de Miguel Reyes, soldado alistado con el propio Cenobio, se obligó a mediar en bien del preso. Corría las principales agencias don Miguel Mora, hombre bueno y activo que estaba al servicio de la Casa Farías. Se afanó durante el día y sólo ya en la noche obtuvo dos mil pesos que prestó la Casa de Bejarano y Álvarez. Eran pesos fuertes, tostones y morralla. Cuando se presentó en el mesón con el dinero Cenobio estaba en su despacho. Se veía tranquilo. Don Miguel en cambio se encontraba receloso.

-Fue todo lo que e pudo conseguir –advirtió éste.

Cenobio dibujó una sonrisa que podía ser al mismo tiempo de incredulidad y de burla.

-Que los reciba mi pagador.

Se levantó Rafael Márquez, el antiguo encargado de La Proveedora de Parácuaro (la “tienda nueva”) perteneciente a la hacienda de Los Bancos, y empezó a contar el dinero.

-Andando en esto a veces deben cumplirse encargos muy penosos – comentó Cenobio.

Ni Ceja ni don Miguel respondieron palabra. Estaban atentos observando cómo se iban alineando sobre la mesa los montoncitos de pesos que contaba Márquez.

-Pero todo esto habrá de terminarse alguna vez –continuó Cenobio hablando como consigo mismo-. Ganamos nuevas posiciones y nos organizamos-. Guardó silencio por un momento y añadió finalmente con palabras alegres-: Ahora sí ya me entregaron mi despacho de coronel.

-Dos mil cabales –anunció el pagador.

-Arreglado, mi amigo; puedes marcharte –dijo Cenobio.

-¿Y también puedo decir todo lo que se me antoje de la revolución?
¡Pagando es posible todo! –exclamó Ceja levantando las manos a la altura de la cabeza con las palmas hacia delante.

Cenobio se rio forzosamente-

El preso y don Miguel salieron a la calle. Era sábado. Pasaba de las diez de la noche y las calles estaban oscuras y desiertas, Noche tenebrosa de tiempos de revuelta.

Los revolucionarios todavía permanecieron en la ciudad durante la mañana del domingo. Después de medio día tomaron el rumbo de Tierra Caliente, zona donde operaba Cenobio. La columna desfiló por la plaza pacíficamente y a paso normal ante la curiosidad de los uruapenses vestidos de domingo.

Cenobio no volvería más. Octavio Peña, jefe huertista que guarnecía Apatzingán, había resuelto liquidarlo. Peña era taimado en sus propósitos y temido por su ferocidad. Tenía bien apostados sus espías y un día le avisaron que Cenobio andaba por los alrededores de Parácuaro con muy poca gente. Sonrió malignamente calculando que podía deshacerlo. Partió sin dilación y lo sorprendió en la cuesta de Quinceo, pendiente brava y pedregosa. Era el tramo más penoso antes de llegar a la hacienda de Los Bancos yendo por el camino viejo de a caballo. Allí se dio el combate. El sol caía verticalmente recalentando las piedras y apocando a los hombres. Los morenistas no tuvieron suerte. Fueron atacados de improviso y se desordenaron a las primeras descargas, como había ocurrido durante el ataque a Nueva Italia al empezar la campaña. Cenobio fue alcanzado por una bala que le trozó la espina. En medio de la confusión, y a la mitad de la cuesta, se sintió inútil. Apretó la pistola y se inclinó sobre el caballo buscando las piedras más altas al lado del camino. Después se echó sobre ellas y se atrincheró detrás. Varios soldados lo vieron arrastrarse y quisieron auxiliarlo.

-¡Súbete Cenobio!

-¡Que no te cojan esos desgraciados!

-¡Es inútil, muchachos! ¡Déjenme!

El tiroteo, los gritos, la confusión aumentaron. Cenobio quedó sólo protegido por el resguardo natural que le formaban las piedras. Sentía

muertas las piernas, pero podía valerse de brazos y manos y empezó a usar la pistola. Estaba sitiado. Continuó disparando regularmente preocupado de ir a caer con vida en manos de sus enemigos. Pensó en meterse una bala en la cabeza antes de que le faltaran las fuerzas. No alcanzó a obedecer este propósito. Una lluvia de balas caía sobre el cercado de piedras y varias de ellas cegaron su vida al mismo tiempo. Transcurrieron unos minutos antes de que los contrarios se atrevieran a acercarse. Cenobio estaba acribillado. Los huertistas rodearon el cadáver contemplándolo respetuosamente. Cuando llegó Octavio Peña ordenó que el cuerpo fuera puesto sobre una bestia para ser trasladado a Apatzingán. Peña estaba hinchado de orgullo y quería exhibir su trofeo más valioso. Que todos vieran con los propios ojos cuál era el final de los cabecillas rebeldes. Lo hizo atar sobre unos maderos en forma de cruz y mandó que fuera expuesto en la plaza. La propensión a estas exhibiciones macabras ha sido común a todos los tiranos y a sus esbirros. Piensan que es un buen escarmiento para dominar el espíritu de lucha. Pretensión absurda que ha suscitado siempre, a la inversa de lo que se proponen, un avivamiento en el propósito revolucionario.

(Ficción literaria basada en la "versión de J. Jesús Ceja Barajas, nacido en Jiquilpan, Mich., en 1892 y avecindado en Parácuaro en 1904. Vive actualmente en Uruapan, Mich., en Corregidora 14".

Uruapan, Mich., a 23 de febrero de 1962.